

Fotografías  
en color  
de  
**GORDON  
PARKS**

Fotos en negro  
de  
**MAN RAY,  
EUROPA  
PRESS,  
KEYSTONE  
y CIFRA**

Traducción  
de  
**GABRIEL  
FERRATER**



# PARIS ERA

**París no se acaba nunca, y el recuerdo de cada persona que ha vivido allí es distinto del recuerdo de cualquier otra. Siempre hemos vuelto, estuviéramos donde estuviéramos, y sin importarnos lo trabajoso o lo fácil que fuera llegar allí. París siempre valía la pena, y uno recibía siempre algo a trueque de lo que allí dejaba. Yo he hablado de París según era en los primeros tiempos, cuando éramos muy pobres y muy felices.**



## LOS GAVILANES NO COMPARTEN NADA

SCOTT Fitzgerald nos invitó a almorzar, con su esposa Zelda y con su niña, en su piso de la rue de Tilsitt. No recuerdo gran cosa del piso, excepto que estaba mal iluminado y mal aireado, y que en él no había nada que pareciera pertenecer a los Fitzgerald, excepto la colección de los primeros libros de Scott encuadernados en piel azul celeste, con los títulos en oro. También nos mostró Scott un enorme libro de Contabilidad, con la lista de todos los cuentos que había publicado, año tras año, y la indicación de lo que le habían pagado por cada cuento, más los derechos de adaptación cinematográfica y las cifras de venta y los derechos cobrados por todos los libros. Todo estaba anotado con tanto cuidado como el cuaderno de bitácora de un navío, y Scott nos lo enseñó con una especie de orgullo impersonal, como si fuera un conservador de museo. Scott estaba

nervioso y hospitalario, y al mostrarnos la contabilidad de sus ganancias parecía nos señalara el panorama que se abría desde su finca. No se abría ningún panorama.

Zelda tenía una resaca de espanto. Habían estado en Montmartre la noche antes y se habían peleado porque Scott no quería emborracharse. Me dijo que se había resuelto a trabajar de verdad y a no beber, y Zelda le trataba como a un aguafiestas o un mala sombra. Esos fueron los términos que ella empleó ante nosotros, y hubo recriminaciones, y Zelda se ponía pelma insistiendo:

—No es verdad. No hice eso. Que no es verdad, Scott.

Al cabo de un momento, parecía que se acordaba de algo divertido y se echaba a reír alegremente, sin explicación.

Aquel día no estaba Zelda todo lo guapa que debería. Su hermoso pelo rubio oscuro quedó estro-

peado por un tiempo a causa de una mala permanente que le hicieron en Lyon, y miraba cansadamente y tenía las facciones crispadas y ajadas.

Estuvo ceremoniosamente amable con Hadley y conmigo, pero una gran porción de su persona parecía estar ausente y encontrarse todavía en la juerga de la que había regresado aquella madrugada. Scott se había puesto la máscara y asumido el papel de anfitrión perfecto. Comimos un almuerzo muy malo, que el vino alegró un poco, pero no mucho. La niña era rubia, gordiflona, bien formada y rebosante de salud, y hablaba inglés con el acento plebeyo de Londres. Scott explicó que le habían puesto a la niña un ama inglesa, porque él quería que, cuando fuera mayor, hablara como Lady Diana Manners.

Zelda tenía ojos de gavilán y labios estrechos, y modales y acento de algún Estado del Sur. Observando su cara, uno veía cómo su espíritu abandonaba la mesa y escapaba a la juerga de la víspera, y luego volvía Zelda con ojos impenetrables como los de un gato, pero los ojos se llenaban de contento al cabo de un instante, y el contento recorría la línea fina de sus labios y se des-

SIGUE

# UNA FIESTA

(Del libro "A MOVEABLE FEAST")

Por ERNEST HEMINGWAY

vanecía. Scott seguía encarnando el buen anfitrión jovial, y Zelda le miraba, y una sonrisa feliz asomaba a sus ojos, y también a sus labios, a medida que Scott iba dándole al vino. Algún tiempo después, llegué a conocer muy bien aquella sonrisa. Significaba que Zelda se daba cuenta de que Scott no estaba ya en condiciones de escribir.

Zelda estaba celosa del trabajo de Scott, y cuando llegamos a conocerles bien nos dimos cuenta de que la situación se ajustaba a un esquema regularmente repetido. Scott tomaba la resolución de no embarcarse para las juergas de borrachera que iban a durar toda la noche, y de hacer cada día un poco de ejercicio y trabajar con regularidad. Se ponía a trabajar y, en cuanto se había calentado y el trabajo marchaba bien, allí estaba Zelda quejándose de lo mucho que se aburría, y arrastrándole a otra borrachera. Se peleaban y luego hacían las paces, y él sudaba su alcohol en largas caminatas conmigo, y resolvía que aquella vez sí que se ponía a trabajar de veras, y, en efecto, se ponía y el trabajo se le daba bien. Y vuelta a empezar.

Scott estaba muy enamorado de Zelda, y muy celoso. Muchas veces, en nuestras caminatas, me contó lo de que ella se había enamorado de un piloto aviador de la Marina francesa. Pero desde entonces no le había dado ningún serio motivo de celos con ningún otro hombre. En aquella primavera, le daba motivos de celos con otras mujeres, y cuando iba a una de aquellas juergas de Montmartre él estaba muerto de miedo a perder él el conocimiento o a que lo perdiera ella. Al principio, perder el conocimiento de resultados de la bebida había sido la gran defensa de ambos. Se quedaban dormidos con sólo beber una cantidad de licor o de champaña, que poco efecto le hubiera hecho a un bebedor acostumbrado, y cuando se quedaban dormidos dormían como niños. Les he visto perder el conocimiento no como si estuvieran borrachos, sino como si les hubieran anestesiado, y entonces sus amigos, o a veces un chófer de taxi, les metían en la cama, y al despertarse estaban frescos y alegres, ya que no habían tomado bastante alcohol para que pudieran enfermarles antes de dormirles.

Pero en el momento de que estoy hablando, ya habían perdido aquella defensa natural. Entonces, Zelda aguantaba más bebida que Scott, pero Scott temía que ella perdiera el conocimiento entre las gentes que frecuentaban aquella primavera, y en los lugares a que iban. A Scott no le



SCOTT FITZGERALD. "...ESTABA NERVIOSO Y HOSPITALARIO, Y AL MOSTRARNOS LA CONTABILIDAD DE SUS GANANCIAS, PARECIA NOS SERALARLA EL PANORAMA QUE SE ABRIA DESDE SU FINCA. NO SE ABRIA NINGUN PANORAMA."

gustaban ni las gentes ni los lugares, y para soportar a gentes y lugares tenía que beber más de lo que podía aguantar sin perder el dominio de sí mismo, y luego tenía que seguir bebiendo para mantenerse despierto a partir del momento en que ordinariamente se hubiera tumbado. Total, que pocos intervalos de trabajo le quedaban.

Continuamente intentaba trabajar. Cada día probaba, y fracasaba. Daba la culpa a París, la ciudad mejor organizada para que un escritor escriba, y continuamente pensaba en encontrar algún buen lugar donde él y Zelda podrían volver a ser felices juntos. Pensaba en la Riviera, tal como era antes de que lo hubieran urbanizado todo, con las maravillosas anchuras de mar azul y las playas de arena y las anchuras de bosques de pinos y los montes del Estérel, que alcanzaban el borde del mar. Recordaba la región tal como era cuando él la descubrió con Zelda, antes de que todo el mundo fuera allí de veraneo.

Scott me habló de la Riviera y me dijo que mi mujer y yo debíamos ir allí el verano siguiente, y que si íbamos él nos encontraría una casa que no fuera cara, y los dos trabajaríamos como negros todo el día, pero nos bañaríamos y tomaríamos el sol y nos pondríamos bronceados, y no íbamos a

beber más que un solo aperitivo antes del almuerzo y uno solo antes de la cena. Zelda sería feliz allí, decía él. Le gustaba nadar y se zambullía como una campeona, y cuando aquel modo de vida la hacía feliz sólo deseaba que él trabajara, y todo iba a marchar como un modelo de disciplina. El y Zelda y la niña iban a pasar el verano en la Riviera.

Yo trataba de convencerle de que escribiera sus cuentos tan bien como supiera, y de que no hiciera truchas para acomodarlos a una fórmula, según él mismo me había explicado que hacía.

—Has escrito una buena novela —le decía yo—. Y ahora no debes escribir caca.

—La novela no se vende —contestaba—. Tengo que escribir cuentos, y tienen que ser cuentos de éxito para las revistas.

—Escribe el mejor cuento que puedas, y escríbelo tan bien como sepas.

—Ya lo haré —decía.

Pero según iban las cosas, suerte tenía si podía escribir de cualquier manera. No es que Zelda hiciera nada por atraer a las gentes que la rondaban, y no había peligro de que se liara, a lo que ella decía. Pero la divertían, y

Scott se ponía celoso y tenía que acompañarla a todas partes. Aquello arruinaba su trabajo, y ella también tenía sus celos, y precisamente del trabajo de Scott más que de nada.

Por todo, aquel fin de primavera y principio de verano, Scott hizo lo que pudo por trabajar, pero sólo lo logró en breves arranques. Cuando nos encontrábamos estaba siempre alegre, a veces desesperadamente alegre, y bromeaba con gracia y era un buen compañero. Cuando pasaba algún mal rato, yo escuchaba sus lamentaciones y probaba de hacerle comprender que si no se dejaba extraviar lejos de lo que él era realmente, podría escribir como él sabía, y de que sólo la muerte es irrevocable. Por entonces todavía era capaz de tomarse el pelo a sí mismo, y yo pensaba que, mientras le quedara esa capacidad, no corría peligro. En medio de todo aquello escribió un cuento bueno, *The Rich Boy*, y yo estaba seguro de que era capaz de escribir incluso mejor, como, en efecto, hizo años más tarde.

Nosotros pasamos el verano en España, donde empecé una novela, y terminé el borrador tras la vuelta a París, en septiembre.

FITZGERALD CON SU HIJA. SCOTT VIVIA CON SU ESPOSA ZELDA Y CON SU NIÑA EN UN PISO DE LA RUE DE TILSITT.



Scott y Zelda estuvieron en el Cap d'Antibes, y cuando en otoño volví a verle en París, él estaba muy cambiado. La Riviera no había servido para apartarle del alcohol, y entonces anda borracho de día y no sólo de noche. Le importaba un bledo que los demás estuvieran trabajando, y se nos presentaba en el 113 de la rue Notre-Dame-des-Champs, borracho, a cualquier hora del día o de la noche. Se había acostumbrado a tratar con mucha grosería a sus inferiores o a cualquier persona que él considerara como inferior.

Un día cruzó la puerta de la aserradora con su hija, porque el ama inglesa tenía fiesta y él se cuidaba de la pequeña. Al llegar al pie de la escalera, la niña dijo que quería ir al retrete. Scott empezó a desvestirla, y entonces el propietario, que vivía en la planta baja, asomó y le dijo:

—Señor, hay un *cabinet de toilette* frente a usted, a la izquierda de la escalera.

—Sí, y allí voy a meterle a usted de cabeza si sigue chillando —le dijo Scott.

Fue difícil aguantarle durante todo aquel otoño, pero en los ratos en que no estaba borracho logró empezar una novela. Pocas

veces le vi sin que estuviera borracho, pero en aquellas pocas veces, estubo siempre simpático, y bromeaba, y a veces, incluso bromeaba sobre sí mismo. Pero cuando se emborrachaba iba casi siempre en mi busca y, dentro de su borrachera, estorbar mi trabajo le daba casi tanto placer como a Zelda le daba estorbar el suyo. La cosa se prolongó durante años, pero, durante años también, no tuve ningún amigo tan leal como Scott cuando no estaba borracho.

En aquel otoño de 1925, le dolí que yo no le dejara leer el primer manuscrito de mi novela, *The Sun Also Rises (Fiesta)*. Le expliqué que la intención de la obra no se veía todavía, que tenía que revisarla y volver a escribirla, y que, en tanto no lo hubiera hecho, no quería comentarla con nadie, ni que nadie la viera. Me fui con mi mujer a Schruns, en el Vorarlberg de Austria, en cuanto cayó allí la primera nevada.

Allí volví a redactar la primera mitad de mi manuscrito y, si no recuerdo mal, la terminé en enero. Me la llevé a Nueva York y se la entregué a Max Perkins, de la Editorial Scribner's, y volví a Schruns y acabé de revisar el libro. Cuando Scott lo leyó, el manuscrito definitivo, una vez hechas todas las correcciones y supresiones, había sido ya remitido a Scribner's: esto ocurrió a fines de abril. Recuerdo que bromeamos sobre la cosa, y que él estaba preocupado y deseoso de ayudarme, como lo estaba siempre cada vez que yo terminaba algo. Pero yo no quería que me ayudara mientras todavía tenía el libro a medio hacer.

En tanto que nosotros estábamos en el Vorarlberg y mi novela se terminaba, Scott, con su mujer y su hija, dejó París y marchó a una estación balnearia del bajo Pirineo. Zelda había estado enferma, con la conocida dolencia intestinal que da el beber demasiado champaña, y a la que entonces se aplicaba el diagnóstico de colitis. Scott no se emborrachaba, y empezaba a trabajar, y quería que en junio fuéramos a reunirnos con ellos en San Juan de Luz. Nos encontrarían un chalet de alquiler barato, y esa vez sí que no se pondría a beber, y volvería a ser todo como en mejores tiempos, y nadaríamos y nos pondríamos fuertes y bronceados, y tomaríamos un solo aperitivo antes del almuerzo y otro antes de la cena. Zelda estaba ya buena, y los dos eran felices, y la novela



## PARIS ERA UNA FIESTA

"ZELDA TENIA OJOS DE GAVILAN Y LABIOS ESTRECHOS, Y MODALES Y ACENTO DE ALGUN ESTADO DEL SUR. OBSERVANDO SU CARA, UNO VEA COMO SU ESPIRITU ABANDONABA LA MESA Y ESCAPABA A LA JUERGA DE LA VISPERA..."

marchaba bien. Scott recibía dinero de una adaptación teatral del *Great Gatsby* que tenía mucho éxito, y un productor iba a comprar los derechos para el cine y no tenía ningún apuro. Zelda era una chica estupenda, y todo iba a funcionar como un modelo de disciplina.

En mayo estuve solo en Madrid, para trabajar, y a la vuelta tomé el tren de Bayona a San Juan de Luz, viajando en tercera y muerto de hambre, porque bobamente eché mal mis cuentas y se me acabó el dinero, y no pude comer nada después de Hendaya, al entrar en Francia. El chalet que nos habían alquilado estaba muy bien, y Scott tenía una casa muy hermosa no muy lejos, y me alegró mucho reunirme con mi mujer, que cuidaba del chalet estupendamente, y me alegró mucho reunirme con los amigos, y el único aperitivo de antes del almuerzo estaba muy bueno, y bebimos varios más. Aquella noche nos dieron una fiesta de bienvenida en el casino, cosa de nada, una fiesta íntima con sólo los Mac Leish, los Murphy, los Fitzgerald, y nosotros los del chalet. Nadie bebió ninguna bebida más fuerte que el champaña, y todo el mundo estuvo muy alegre, y evidentemente era el lugar ideal para escribir. Ibamos a disponer de todo lo que un hombre necesita para escribir, excepto de soledad.

Zelda estaba hermosísima, y su bronce tenía un encantador tono dorado y el pelo era de un bello oro oscuro, y se mostró muy cordial. Sus ojos de gavilán estaban claros y serenos. Sentí que todo andaba bien y que, al fin, todo

iba a tomar buen cariz, y entonces ella se inclinó hacia mí y, con mucha reserva, me comunicó su gran secreto.

—Dime, Ernest, ¿tú no piensas que Al Jolson es más grande que Jesús?

Entonces nadie le dio importancia a la cosa. No era más que el secreto de Zelda, y lo compartió conmigo, como un gavilán que compartiera algo con un hombre. Pero los gavilanes no comparten nada. Scott no escribió nada más que valiera nada, hasta que a ella la encerraron en un manicomio.

Muchos años después, en el bar del Ritz, mucho después de la segunda guerra mundial, Georges, que ahora es el jefe del bar y que era un botones cuando Scott vivía en París, me preguntó:

—Papá, ¿quién era ese monsieur Fitzgerald sobre quien todo el mundo me pregunta?

—¿No le conociste?

—No. Recuerdo a toda la gente de aquel tiempo. Pero ahora sólo me preguntan sobre ese señor.

—¿Y qué les dices?

—Cualquier cosa interesante que les guste. Lo que desean oír. Pero dígame, ¿quién era?

—Fue un escritor americano que, después de la otra guerra, vivió algún tiempo en París y en el extranjero.

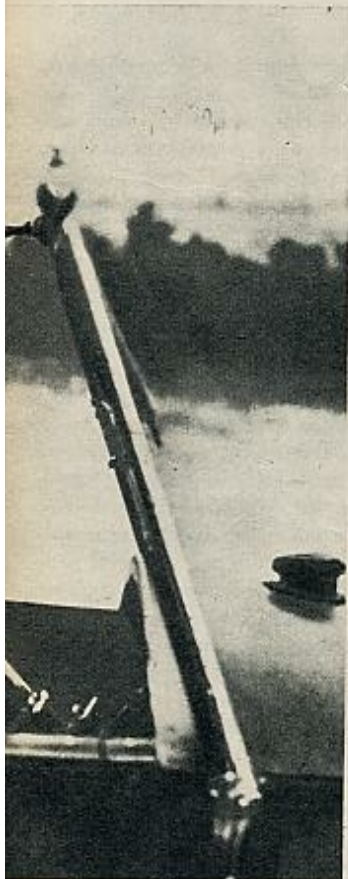
—¿Pero cómo es que no lo recuerdo? ¿Era un buen escritor?

—Escribió dos libros muy buenos y dejó sin terminar otro que, según los entendidos, hubiera sido el mejor. También escribió algunos buenos cuentos cortos.

—¿Venía mucho por el bar?

—Me parece que sí.

—Pero usted no venía por el



bar recién terminada la otra guerra. Me han dicho que entonces era usted pobre y vivía en un barrio apartado.

—Cuando tenía dinero iba al Crillon.

—También lo sé. Me acuerdo muy bien de la vez que le conocí.

—Yo también.

—Es raro que no me acuerde de aquel señor —dijo Georges.

—Toda la gente de entonces está muerta.

—Pero uno no se olvida de una persona porque esté muerta, y todo el mundo me pregunta sobre él. Dígame usted algo de él, para ponerlo en mis Memorias.

—Bueno.

—Me acuerdo de una noche que usted vino con el barón Von Blixen... ¿En qué año sería? —dijo sonriendo.

—El barón está muerto también.

—Sí. Pero uno no le olvida. ¿Me comprende?

—Su primera esposa escribía muy bien —dijo—. Escribió, tal vez, el mejor libro sobre África que he leído. Claro que sin contar el libro de Sir Ernest Baker, el que trata de *Los afluentes abisinos del Nilo*. Pongo en tus Memorias, ya que ahora te interesan los escritores.

—Gracias —dijo Georges—. El barón no era de las personas que se olvidan. ¿Y cómo se llama el libro?

—Una finca en África —dijo—. Blickie estaba muy orgulloso de los libros de su esposa. Pero él y yo nos conocimos mucho antes de que ella escribiera ese libro.

—¿Y ese monsieur Fitzgerald sobre quien me preguntan todos?

—Fue en los tiempos de Frank.

—Sí. Pero yo era el *chasseur*. Ya sabe usted cómo es un *chasseur*.

—Hablaré de él en un libro que voy a escribir de recuerdos sobre los primeros tiempos en París. Me prometí a mí mismo que escribiría este libro.

—Buena idea —dijo Georges.

—Le presentaré exactamente tal como le recuerdo.

—Buena idea —dijo Georges—. Y así, si venía por aquí, le recordaré. Después de todo, uno no se olvida de la gente.

—¿Ni de los turistas?

—De esos sí, claro. ¿Pero no dijo usted que venía mucho por aquí?

—Era un lugar que le gustaba mucho.

—Usted lo describe tal como lo recuerda y, cuando yo lo lea, si venía por aquí le recordaré.

—Veremos —dijo.

## PARIS NO SE ACABA NUNCA

**C**UANDO fuimos tres, en vez de vivir los dos juntos y solos, el frío y el mal tiempo terminaron por echarnos de París en invierno. Viviendo solos, no había problema, una vez acostumbrados. Yo no tenía más que irme a escribir a un café, y podía trabajar toda la mañana consumiendo un café con leche, mientras los camareros limpiaban y barrían el café y la sala iba caldeándose. Mi mujer no tenía reparo en irse a estudiar el piano a un lugar frío, y poniéndose muchos jerseys iba entrando en calor a medida que tocaba el pia-

no, hasta que llegaba la hora de volver a casa y cuidar de Bumby. Pero no era buena cosa lo de llevarse un bebé al café en invierno, aunque fuera un bebé que nunca lloraba y se fijaba en lo que ocurría a su alrededor y no se aburría nunca. Entonces no se podían alquilar niñeras a horas, y Bumby tenía que quedarse encerrado en su alta cama con barrotes, y se quedaba tan contento en compañía de su gran gato cariñoso, llamado F. Fuss. Ciertas personas decían que era peligroso dejar a un niño con un gato. Los más ignorantes y fa-

ERNEST HEMINGWAY, DURANTE UNA PARTIDA DE PESCA, UNA DE SUS GRANDES AFICCIONES.



náticos decían que el gato aspiraría el aliento del bebé y le dejaría seco. Otros, que el gato se tumbaría encima del niño y que el peso del gato lo ahogaría. Pero F. Fuss yacía al lado del niño, en la alta jaula de la cama, y acechaba la puerta con sus grandes ojos amarillos, y no dejaba que nadie se acercara al niño cuando estábamos fuera y Marie, la «femme de ménage», tenía que salir. No necesitábamos niñeras. F. Fuss era la niñera.

Con todo, cuando uno es pobre, y realmente éramos pobres cuando dejé el periodismo a nuestra vuelta del Canadá y cuando no lograba colocar mis cuentos, un invierno en París resultaba demasiado para un bebé. Cuando tenía tres meses, mister Bumby había cruzado el Atlántico Norte en un barco de la Cunard, que hacía el trayecto en doce días, saliendo de Nueva York vía Halifax, en pleno mes de enero. No lloró en todo el viaje, y reía, divertido, cuando le cercábamos en una barricada para que no se cayera con la mala mar. Pero nuestro París era demasiado frío para él.

Nos fuimos a Schruns, en el Vorarlberg de Austria. Se atravesaba Suiza y se llegaba a la frontera austríaca en Feldkirch. El tren cruzaba por Liechtenstein y se detenía en Bludenz, de donde partía un ramal secundario que corría a lo largo de un río con guijarros y truchas, por un valle de cultivos y bosques, hasta llegar a Schruns, una soleada villa con mercado, que tenía aserradoras y tiendas y posadas, y un buen hotel abierto todo el año, llamado el Taube, donde nos alojábamos.

Las habitaciones del Taube eran grandes y confortables, con grandes estufas, grandes ventanas y grandes camas con buenas mantas y edredones de lana. Las comidas eran sencillas y excelentes, y tanto el comedor como el bar, entarimado con madera, bien caldeados y eran acogedores. El valle era ancho y abierto, de modo que había mucho sol. Entre los tres pagábamos de pensión alrededor de dos dólares por día, y como el schilling austríaco iba bajando con la inflación, habitación y comida nos iban costando cada vez menos. No había inflación y miseria desesperadas como en Alemania. El schilling subía y bajaba, pero, a la larga, iba bajando.

No había ni telesquí ni funicular desde Schruns, pero había



## PARIS ERA UNA FIESTA

EN LOS TOROS:  
OTRA DE SUS  
GRANDES  
PASIONES.

senderos de leñadores y de pastores que, por distintos valles montañosos, subían hasta la alta montaña. Uno subía a pie con los esquís a cuestas, y a partir del momento en que la nieve se hacía demasiado profunda, se caminaba con los esquís puestos, envueltos en pieles de foca. En lo alto de cada valle montañoso se encontraban los grandes refugios del Club Alpino, destinados a los alpinistas veraniegos, y allí se podía dormir y uno dejaba dinero por el valor de leña que consumía. A algunos refugios había que subir cargados con la leña, y cuando salíamos para una excursión larga por la alta montaña y los ventisqueros, alquilábamos mozos que nos ayudarían a cargar la leña y los víveres, y establecíamos una base. Los más famosos refugios destinados a bases de alta montaña eran la Lindauer Hütte, la Madlener Haus y la Wiesbadener Hütte.

Schruns era un lugar sano para Bumby, que tenía una hermosa muchacha morena para cuidarle y llevarle de paseo y a tomar el sol en su trineo, mientras Hadley y yo teníamos todo un país nuevo que aprender, y todas las aldeas, y la gente de la ciudad era muy cordial. Nos apuntamos los dos en la escuela de esquí alpino que acababa de poner Herr Walther Lent, uno de los primeros campeones del esquí en alta montaña, que había

sido socio de Hannes Schneider, el gran esquiador del Arlberg, en un negocio de ceras para esquí que abarcaba la escalada y todas las clases de nieve. El sistema de enseñanza de Walther Lent era de alejar a sus discípulos de las pendientes de adiestramiento en cuanto era posible, y llevarlos de excursión a la alta montaña. Esquiar no era entonces lo que es ahora, los meniscos rotos no se habían extendido, y uno no podía permitirse la fractura de una pierna. No había patrullas que recogieran a un herido. Y además, toda pendiente por la que uno bajaba, había que subirla antes a pie. Eso le dotaba a uno de piernas capaces de sostenerle en la bajada.

A Hadley y a mí nos gustaba mucho esquiar, desde que lo intentamos por primera vez juntos en Suiza, y luego en Cortina d'Ampezzo, en las Dolomitas, cuando Bumby estaba a punto de nacer. El médico de Milán le había permitido a Hadley seguir esquiando, a condición de que le prometiera no caerse. Esto exigió una cuidadosa selección de los terrenos y de los trayectos, y un control absoluto de las acciones, pero ella tenía unas hermosas piernas, de admirable robustez, y un perfecto dominio de los esquís, y nunca se cayó. Todos sabíamos entonces distinguir las clases de nieve, y todo el mundo sabía correr en un hondo polvo de nieve.

Nos gustaba el Vorarlberg y nos gustaba Schruns. Ibamos a fines de noviembre y nos quedábamos hasta que se avecinaba Pascua. Esquiábamos siempre, a pesar de que Schruns no estaba bastante alto para valer como estación de esquí, salvo en inviernos de mucha nieve. Pero la escalada a pie era una diversión, y a nadie le asustaba en aquellos días. Uno echaba a andar con un ritmo fijo, muy por debajo de la mayor velocidad a que uno podía subir, y se subía con facilidad y con alegría y con orgullo por el peso de la mochila. La subida a la Madlener Haus tenía un trecho empinado y muy duro. Pero a la segunda vez ya se subía más fácilmente, y al fin uno subía sin esfuerzo con un peso que doblaba el del primer día.

Teníamos siempre apetito, y cada comida era un acontecimiento. Bebíamos cerveza rubia o negra, y vinos del año, y de vez en cuando vinos del año anterior. Los vinos blancos eran los mejores. En cuanto a otras bebidas, había un kirsch hecho en el valle, y un aguardiente destilado de la genciana que crecía en las montañas. A veces nos daban de cenar liebre, que conservaban en jarras con una espesa salsa de vino tinto, y a veces caza mayor con salsa de castañas. Con tales platos bebíamos vino tinto, aunque era más caro que el blanco, y el mejor llegaba a cos-

tar veinte centavos el litro. El vino tinto ordinario era mucho más barato, y lo subíamos en garrafas hasta la Madlener Haus.

Schruns era un buen lugar para trabajar. Lo sé porque allí hice el trabajo de corrección más difícil que he hecho nunca, en los inviernos de 1925 y 1926, cuando tuve que enfrentarme con el borrador de «The Sun Also Rises», que me había salido en un sprint de seis semanas, y convertirlo en una novela. No me acuerdo de cuáles fueron los cuentos que escribí allí, pero sé que varios me salieron bien.

Lo malo es que durante el último invierno pasado en las montañas vino gente nueva a meterse muy adentro en nuestras vidas, y desde entonces nada siguió igual. El invierno anterior, lleno de terribles avalanchas, pareció un feliz e inocente invierno de la infancia, por comparación con aquel invierno, un invierno de pesadilla que se disfrazaba como la mayor diversión nunca conocida, y con el verano asesino que iba a seguirle. Fue el año en que aparecieron los ricos.

Los ricos tienen siempre una especie de pez piloto que les precede, y que a veces es algo sordo y a veces algo cegato, pero anda siempre husmeando, afaible y vacilante, antes de que lleguen ellos. El pez piloto habla, y dice algo así como:

—Hombre, qué quieres que te diga. No, claro, en el fondo, no.

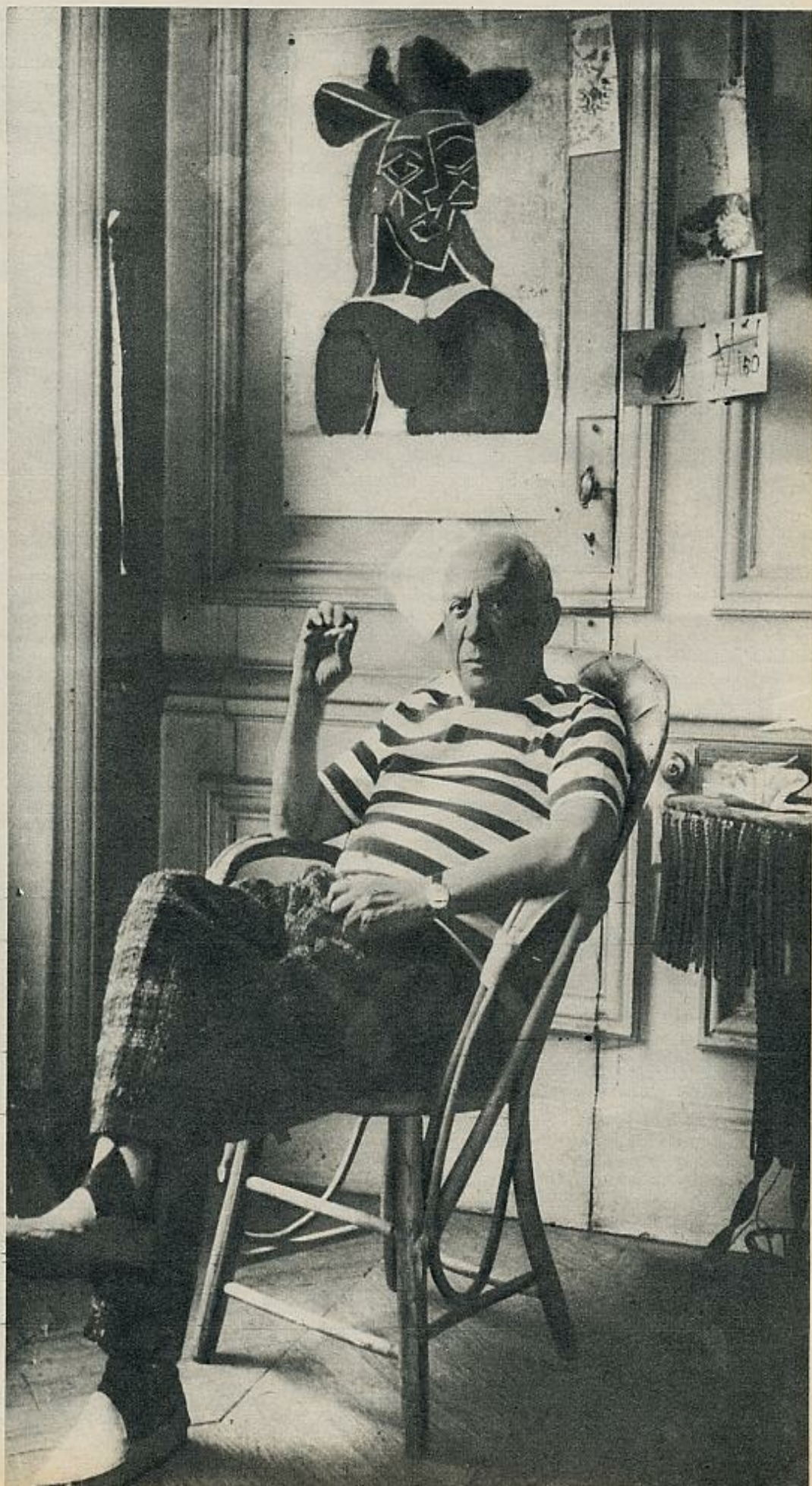
"PICASSO SI QUE ERA UN VALOR  
SEGURO, Y LO ERA YA  
CUANDO ELLOS NO SABIAN,  
TODAVIA, LO  
QUE ES UN CUADRO."

Pero yo les quiero. Les quiero a los dos. Sí, Hem, con toda sinceridad, te juro que les quiero a los dos. Comprendo tu punto de vista, pero yo les quiero, y un día te darás cuenta de que «ella» tiene un no sé qué, una calidad humana como raras veces se encuentra (a «ella» la menciona por su nombre de pila, y lo pronuncia con amor). Ya basta, Hem, no te pongas pelma y no quieras destruirlo todo. Les quiero de verdad. A los dos, te lo juro. A «él» (designado por el apodo que le daba su mamá cuando tenía tres años) le vas a tomar cariño en cuanto le conozcas bien. Yo les quiero mucho, te lo digo yo.

Y luego aparecen los ricos, y nada sigue igual que antes ni volverá a serlo nunca. El pez piloto se marcha, desde luego. Siempre está yendo a alguna parte o viniendo de alguna parte, y nunca se queda por mucho tiempo. Se mete en política o en teatro y luego se sale, igual como se mete en los países y luego se sale de ellos, y cuando es joven se mete en las vidas ajenas y se abre en ellas una salida. Nadie le pesca, ni le pescan los ricos. No hay modo de pescarle a él, y sólo a los que confían en él se les apresa y se les mata. Tiene el insustituible adiestramiento temprano del hijo de tal, y un latente amor al dinero, inconfesado por mucho tiempo. Termina siendo rico él mismo, y cada dólar que gana le desplaza un grueso de dólar más a la derecha.

Los ricos le querían y confiaban en él porque era tímido, cómico, construido según un modelo clásico, e infalible en su actividad como pez piloto.

Cuando hay dos personas que se quieren y son felices y alegres, y una de ellas o las dos realizan una obra de auténtica calidad, la gente se siente atraída hacia la pareja de un modo tan fatal como los pájaros migratorios son atraídos de noche hacia un faro poderoso. Si aquellas dos personas estuvieran tan sólidamente construidas como un faro, el fenómeno causaría muy poco daño, excepto a los pájaros. Pero los que atraen a la gente de mundo por su felicidad



y por su talento acostumbran a tener poca experiencia. No saben cómo escapar al avasallamiento y huir lejos. No siempre entienden la verdad de los ricos: los atractivos ricos, los encantadores, los que se dejan querer temprano, los generosos, los comprensivos, los que no tienen defectos y dotan a cada día de una cualidad festiva, y que, cuando han pasado arrancando el alimento que necesitan, lo dejan todo más muerto que las raíces de una hierba hollada por los caballos de Atila.

Los ricos llegaban guiados por el pez piloto. Un año antes, no se hubieran acercado por nada del mundo. Entonces no había ninguna certidumbre. La obra que se hacía era igualmente buena y la felicidad era mayor, pero no se había publicado todavía ninguna novela, de modo que no había modo de estar seguro. Ellos nunca desperdiciaban su tiempo y su encanto en algo que no fuera seguro. ¿Por qué habían de hacerlo? Picasso sí que era un valor seguro, y lo era ya cuando ellos no sabían todavía lo que es un cuadro. También estaban seguros de otro pintor. Y de muchos otros. Pero aquel año estaban seguros también de mí, y les transmitió la consigna el pez piloto que mandaron a cerciorarse de que serían bien recibidos y de que yo no iba a cocear. El pez piloto era amigo nuestro, naturalmente.

En aquellos días yo confiaba en el pez piloto igual como hubiera confiado en las Instrucciones Náuticas del Almirantazgo Británico para las Costas Mediterráneas. Bajo el encanto de aquellos ricos, me mostré tan confiado y tan estúpido como un perro perdiguero que quiere salir de paseo con cualquier hombre con una escopeta, o como un animal de circo que por fin cree haber encontrado a un domador que le aprecia por sí mismo y por mor de su alma inmortal. La idea de que todos los días debían ser festivos me pareció un descubrimiento maravilloso. Incluso di lecturas de los trozos ya listos de mi novela, que viene a ser lo más bajo en que puede caer un escritor, y mucho más peligroso para su carrera de escritor que, para un esquiador, el esquiar sin cuerda por los ventisqueros, antes de que las verdaderas nevadas de invierno hayan recubierto las brechas del hielo.

Me decían:

—Es una cosa grande, Ernest.

Una cosa grande de verdad. Tú mismo no puedes darte cuenta de lo grande que es.

Y yo meneaba el rabo de puro contento, y me zambullía en la charca de la vida como una fiesta, a ver si lograba la gracia de volver con algún hermoso pedazo de palo entre los dientes, en vez de pensar:

—Si a esos hijos de tal les gusta lo que he escrito, algo podrido debe de haber dentro.

Eso hubiera pensado yo si hubiera sido capaz de reaccionar como un verdadero profesional, aunque, si hubiera sido capaz de reaccionar como un verdadero profesional, nunca les hubiera leído la novela.

Antes de que llegaran los ricos a que me refiero, ya otros ricos nos habían contaminado, usando la más vieja artimaña que el mundo conoce. Consiste en lograr que una joven soltera se convierta por un tiempo en la mejor amiga de otra joven que está casada, que se ponga a convivir con la esposa y con el marido, y que, inconsciente e inocente e implacablemente, inicie una maniobra para casarse con el marido. Cuando el marido es un escritor ocupado en un trabajo arduo que le lleva mucho tiempo, y durante la mayor parte del día no puede hacer compañía ni dar apoyo a su mujer, el plan parece estar lleno de ventajas, hasta que se descubre cómo funciona el mecanismo. Al terminar su jornada de trabajo, el marido se encuentra a su alrededor con dos muchachas atractivas. Una es nueva y desconocida, y con un poco de mala suerte el marido se encuentra enamorado de ambas a la vez.

Entonces, en vez de los dos y su hijo, ahí tenemos a los tres. Al principio es divertido y estimulante, y sigue siéndolo por largo tiempo. Todas las verdaderas maldades nacen en estado de inocencia. Uno vive al día, y goza de lo que tiene y no se apura. Uno empieza a decir mentiras, y no quisiera decirlas, y empieza el desmoronamiento y cada día crece el peligro, pero uno va viviendo al día, como en la guerra.

Tuve que dejar Schruns e ir a Nueva York para ponerme de acuerdo con los editores. Una vez listo el asunto en Nueva York, volví a París con el propósito de tomar el primer tren que saliera de la Gare de l'Est para Austria. Pero la chica de quien me había enamorado estaba entonces en París, y no tomé el primer



tren, ni tampoco el segundo ni el tercero.

Cuando al fin vi a mi mujer de pie junto a las vías, mientras el tren entraba en la estación entre grandes pilas de troncos, antes hubiera querido haberme muerto que haberme enamorado de otra. Ella sonreía, el sol daba en su hermosa cara morena de nieve y de sol, y su cuerpo era hermoso, y centelleaba el sol en el oro rojizo de su pelo que era hermoso y había crecido en desorden todo el invierno, y de pie, a su lado, estaba Mr. Bumby, rubio y corpulento y con sus mejillas rojas por el invierno, con el aspecto de un buen hijo del Vorarlberg.

—Oh Tatie mía —dijo ella entre mis brazos—, qué suerte que estés de vuelta y que te hayan salido tan bien los negocios con los editores. Te quiero tanto y te eché tanto de menos.

Yo la quería y no quería a nadie más, y el tiempo que pasamos solos fue de mágica maravilla. Trabajé a gusto y juntos hicimos grandes excursiones y me creí de nuevo invulnerable, y el otro asunto no volvió a empezar hasta que, a fines de la primavera, dejamos las montañas y volvimos a París.

Aquello fue el fin de la primera parte de París. París no volvería nunca a ser igual, aunque seguía siendo París, y uno cambiaba a medida que cambiaba la ciudad. Nunca volvimos al Vorarlberg, ni tampoco volvieron allí los ricos.

París no se acaba nunca, y el recuerdo de cada persona que ha vivido allí es distinto del recuerdo de cualquier otra. Siempre hemos vuelto, estuviéramos donde estuviéramos, y sin importarnos lo trabajoso o lo fácil que fuera llegar allí. París siempre valía la pena, y uno recibía siempre algo a trueque de lo que allí dejaba. Yo he hablado de París según era en los primeros tiempos, cuando éramos muy pobres y muy felices.

COPYRIGHT HEMINGWAY  
LTD-SEIX BARRAL  
Y "TRIUNFO", 1964

**FIN**

de

**"PARIS ERA  
UNA FIESTA"**

**Por Ernest  
HEMINGWAY**